



LA PINTURA.

Entre las artes que ha producido el ingenio humano, las más notables, si no por su utilidad, al ménos por su atractivo, y porque en ellas más que en otras se revela la inteligencia de la más noble de las criaturas, forjada á imágen y semejanza de Dios, distínguense las que se han llamado *Bellas Artes*, porque, en efecto, la belleza y la hermosura son su objetivo, y su resultado cautivar los sentidos imitando las bellezas de la naturaleza.

Entre ellas figuran la escultura, la música y la pintura, de la cual voy únicamente á ocuparme, porque es aquella hácia la cual sentí, mis queridos niños, una marcada predileccion. ¿Cuál de vosotros será el que, hallando á mano un lapicero, una pluma ó un pedacito de yeso

blanco, no demuestre su afición á la pintura, trazando en un papel, en la pared, ó en el tablero de una puerta los contornos de una figura, con la cual quereis representar una figura humana, una casa, un perro ó un árbol? ¿Cuál es el niño que por poco travieso que sea no emborrona los papeles que están á su alcance para representar en líneas mal trazadas la grotesca caricatura de las personas á quienes trata más familiarmente? Y cuando tomáis un libro, ¿cuál es vuestra primera diligencia? Buscar si tiene estampas ó grabados y pasarle hoja por hoja, sin deteneros á mirar más que las láminas ó viñetas que contiene, desdeñando su lectura por muy entretenida que sea.

Esa marcada afición y la estima en que teneis las aleluyas y las es-

tampitas que os regalan, prueban que en el hombre es instintiva la pasión por el arte de la pintura. Hombres hay, sin duda, que en la poesía no encuentran el más pequeño atractivo; otros para quienes la música no es más que un ruido á veces molesto, y otros, en fin, que no se detienen á mirar la más bella estatua. Pero delante de un cuadro ó de una estampa, ¿cuál es el que no se detiene, siquiera por curiosidad? Aún el más tosco campesino, el que no tiene la más ligera noción de las letras, el que no ha recibido la educación más rudimentaria, se parará extasiado delante de un cuadro ó de una pintura cualquiera, aún siendo incapaz de apreciar su mérito.

Así, no os sorprenderá ciertamente que os diga que la pintura es, entre las humanas artes, una de las más antiguas. La misma escritura, que es el medio de representar las palabras por medio de letras ó signos convencionales trazados en una superficie cualquiera, es hija de la pintura. En los monumentos más antiguos que se conocen, en lugar de inscripciones formadas con letras, encuéntranse toscamente grabadas en la piedra figurillas simbólicas queriendo representar los objetos cuya idea ó cuyo recuerdo se quiso perpetuar. De aquí nacieron los jeroglíficos, que fué la primera escritura que usaron los hombres en la infancia de la civilización: en ellos, en lugar de letras se hallan figuritas de hombres, de animales, del sol, de la luna, de árboles y de otros ob-

jetos: cuando el empleo de los jeroglíficos fué haciéndose más complicado, las figuras fueron modificándose poco á poco, hasta que llegaron á convertirse en letras.

La verdadera pintura, la que tiene por objeto representar en un cuadro cualquier acontecimiento glorioso cuya memoria quería perpetuarse, nació más adelante, cuando la cultura humana fué saliendo de su infancia, y en vez de la superficie lisa de la piedra se sirvió de la tabla de madera, y en lugar del tosco buril de hierro empleó el pincel, representando los objetos por medio de colores más ó ménos parecidos á los suyos propios.

Entonces nació la pintura ya como arte, y empezó á adornar las murallas interiores de los templos y los palacios con tablas pulimentadas, sobre las cuales el artista representaba, dándoles colorido, á los dioses y á los héroes en sus hechos más gloriosos para que fueran admiración de las gentes.

Los pueblos más antiguos, de los cuales apenas queda memoria, conocieron ya la pintura, y tenemos pruebas indudables de ello; pero el que verdaderamente puede decirse que perfeccionó este arte y dictó sus primeras reglas, fué el pueblo griego, el que más impulso dió á la civilización en los siglos anteriores al cristianismo. Aunque no se conserven sus maravillosas tablas, que según testimonio de los autores eran admirables, consérvanse los nombres de los más ilustres artistas que en

aquella época manejaron el pincel. Entre ellos es famoso el nombre de Apéles, el más célebre de todos, y gozaron también de gran renombre Agatharco, Cleofasto, Xeuxis y otros que no nombraré para no molestar vuestra memoria. Estos fueron los que inventaron la pintura al óleo moliendo los colores y amasándolos con aceite para extenderlos sobre la tabla con el pincel á fin de que la pintura fuera permanente y no pudiera borrarse después de seca. Ellos también emplearon su maravilloso ingenio para hallar el medio de que en los objetos que pintaban no sólo aparecieran los contornos y los colores, sino que por medio de la gradación de los matices pudieran apreciarse las distancias y el volúmen de los objetos, valiéndose para ello de los efectos de la luz y de la sombra, que completan la ilusión de la pintura, haciendo que los cuerpos se destaquen del fondo del cuadro como si realmente estuvieran allí los unos más próximos y los otros más lejanos.

Aquí pudiera yo hacer una explicación del gran secreto de la pintura, para que notarais de qué recursos tan hábiles se sirve el artista para que á la vista del observador la ilusión sea completa y pueda medir las distancias, aún las más lejanas, y al mismo tiempo la superficie y la profundidad de los objetos con todos sus accidentes y sus contornos. Bastará, sin embargo, que os diga que las partes principales de la pintura son tres: la composición, el dibujo y

el colorido. En la composición consiste el genio y el talento del pintor, que concibe primero el pensamiento de su cuadro y lo forja en su imaginación, procurando la buena disposición de las partes para que formen un todo armonioso capaz de cautivar la admiración de los que llegan á verle.

El dibujo se refiere al contorno de las figuras que se representan y á sus proporciones, para que á la simple vista se juzgue de su semejanza con los objetos que quieren representar y las actitudes que quiera darse á los seres vivientes que allí están representados. El mérito del buen dibujante consiste en la proporcionada semejanza que da á las figuras, en que sus actitudes y expresión revelen la pasión que las domina, y en que por su tamaño se juzgue de las distancias que guardan entre sí.

El colorido es la unión y el acorde de los colores entre sí de modo que produzcan una perfecta armonía en el todo. La gran habilidad del artista consiste en repartir las luces y las sombras de manera que la ilusión sea completa: en esta parte de la pintura estriban los maravillosos efectos del claro-oscuro, que así se llama á la acertada repartición de la luz y de las sombras con todas sus gradaciones por medio de tintas más ó menos suaves.

Después de los griegos, que por medio del estudio y del genio elevaron á la pintura á la categoría de una de las artes más sublimes, los romanos, que heredaron su civiliza-

cion, no hicieron más que imitarlos, ó más bien copiarlos en la pintura, sin añadir por su parte nada de original, ni llegar tampoco en sus cuadros á la altura á que se habian elevado sus maestros.

Despues de la venida del cristianismo, vosotros sabeis, mis queridos niños, que en el mundo antiguo se promovió un gran cataclismo por la irrupcion de las hordas salvajes del Norte que destruyeron el poderosísimo imperio romano, dueño casi absoluto de todo el mundo entónces conocido. La civilizacion de la sábia Grecia y de la opulenta y orgullosa Roma desapareció por completo, y gracias al genio del cristianismo, de entre las sombras de la barbarie que extendieron por toda Europa y gran parte de Asia las tribus salvajes del Norte, brotó una nueva y más vigorosa civilizacion, que poco á poco se fué perfeccionando, y ha llegado á eclipsar la civilizacion antigua.

La pintura, que casi por completo llegó á perderse en los primeros siglos de barbarie, renació, como todas las artes, en la Edad Media, y tomando por modelo la sábia civilizacion griega, en la época que se llamó del Renacimiento, recobró toda su belleza y todo su encanto en los siglos xv y xvi, cuando se formaron las diversas escuelas de pintura que llegaron á eclipsar á la escuela griega de la antigüedad.

Si no fuera por alargar demasiado este articulito, yo os haria una detenida enumeracion de las diferentes escuelas de pintura que brillaron en

el siglo xv y en los posteriores, y os nombraria uno por uno sus más famosos maestros. Pero ésta sería larga tarea, y acaso no cautivaría vuestra imaginacion. Me limitaré á decir que entre los pueblos modernos los que más se han distinguido por la riqueza y grandiosidad en el arte de la pintura, han sido el italiano, el español y el holandés. Las escuelas italianas más notables son: la Florentina, en que brillaron Miguel Angel y Leonardo de Vinci; la Romana, creada por Rafael Sanzio de Urbino, y la Veneciana, que produjo al Tizziano y á Tintoretto.

En España ha habido dos grandes escuelas, la Sevillana, en que brilló el genio de Estéban Murillo y produjo artistas tan eminentes como Alonso Cano y Zurbarán, y la de Madrid, creada por el gran Velazquez, y que ha tenido pintores de tanta fama como Pantoja y Claudio Coello. Tambien ha sido notable la escuela valenciana, que han ilustrado con sus obras Juan de Juanes y Rivera.

De las escuelas holandesa y flamenca sólo citaré los nombres de los famosos pintores Rubens, Van-Dick y Theniers.

Hoy no tiene la pintura genios tan colosales como los que produjeron los siglos xv, xvi y xvii, pero el estudio de los grandes maestros forma artistas muy apreciables y ofrece ancho campo al talento y á la laboriosidad de los que se dedican á este arte, que no sin razon se ha llamado divino.

Me falta solamente advertiros que desde la época del Renacimiento los pintores no trazan sus maravillosos cuadros en tablas, como antiguamente se hacia, porque ofrece el inconveniente de que se abren y deterioran con el tiempo: los pintores, desde hace algunos siglos, se sirven de lienzos barnizados, cuidadosamen-

te extendidos en bastidores. La pintura se hace tambien sobre la superficie de las paredes y los techos, y se llama pintura al fresco, y tambien en acuarelas (sobre papel vitela) sobre cobre, sobre esmalte y cristal y de otras diferentes maneras.

LUCRECIO.

HOMBRES CÉLEBRES.



D. Diego de Covarrubias (pág. 262).

HOMBRES CÉLEBRES.

D. DIEGO DE COVARRUBIAS.

Don Diego de Covarrubias y Leyva, insigne doctor en jurisprudencia, teólogo y literato distinguido, nació en Toledo en el año de 1512. Fueron sus padres Alfonso, arquitecto mayor de aquella Santa Iglesia, y María Gutierrez Egas, natural de la misma ciudad. Debió el conocimiento de los primeros estudios á un tío suyo, sacerdote de Salamanca, emporio entónces de las letras y ciencias, y fué tal su aplicacion, que nada se resistia á su claro talento. Cleonardo y Pinciano le enseñaron las lenguas latina y griega, y Azpilcuenta fué su maestro en ambos derechos, á cuyo estudio se dedicó enteramente. El colegio mayor de Oviedo le contó entre sus discípulos, y la Universidad le recibió más adelante como uno de sus doctores; pero tan rápidos adelantos no dejaron de tener sus envidiosos, y sólo al regentar despues una cátedra con brillantísimos resultados, acalló las intrigas de sus émulos.

Bien sentada ya su reputacion de afamado jurisperito, no es extraño se le viese ocupar el puesto de oidor primero de la Cancillería de Granada. Desde allí fué elevado á la respetable dignidad de Obispo de Ciudad-Rodrigo, y tales fueron las

pruebas de sabiduría y de virtudes que dió, que el prudentísimo Felipe II creyó oportuno enviarle con otros españoles al célebre Concilio de Trento. En aquel gran Congreso católico, Covarrubias se concilió el respeto y benevolencia de los sabios padres que á él concurrieron de todas partes del mundo, y ayudó, como asociado, al cardenal Hugo Buon Compagno en la extension de los decretos de reforma, no faltando quien afirme que él solo hizo este trabajo, por habérselo encargado aquel purpurado, que despues fué papa con el nombre de Gregorio XIII.

De regreso á España fué trasladado D. Diego de Covarrubias al Obispado de Segovia, y nombrado Presidente del Consejo real de Castilla, donde prestó grandes servicios. Bien es verdad que admira ver cómo el hijo de un modesto arquitecto de Toledo llegaba á ser Presidente de Castilla; pero todas las mayores dignidades pueden adquirirse á fuerza de buen ejemplo, de estudios y de grandes virtudes.

Los escritos que dejó Covarrubias fueron muchos, y todos muy elogiados, si bien no todos han visto aún la luz pública. Los letrados aprecian mucho sus cuestiones civiles y canó-

nicas, y Andres Scoto, en su Biblioteca, le llama «singular honra de España por su excelente juicio y sus escritos profundos, que con los rayos de su saber confundió á sus emulos y los obligó á que le admirasen.» Otros autores respetables, que nos sería fácil citar, le llaman igualmente *ingenio sin igual, cumbre de la Ju-*

risprudencia, oráculo de la equidad, etcétera. Entre las obras que se dice no publicó se cuentan unas *Notas al Concilio de Trento*, unas *Observaciones al Fuero Juzgo*, un tratado *De Panis*, y el *Catálogo de los reyes de España y de otras cosas señaladas.*

Falleció en 26 de Setiembre de 1577, siendo electo Obispo de Cuenca.

JANER.

HIMNO Á LA VÍRGEN.

CORO.

*Virgen santa, Virgen pura,
Sin pecado original,
Oye al humilde, y acógele
Bajo tu amparo inmortal.*

Dios te salve, Reina y Madre,
Madre de misericordia,
Iris de paz y concordia,
Norte y luz del pecador.
Del pecador, que alentado
Con tu intercesion constante,
Alza su vista anhelante
Hacia el trono del Señor.

Tú eres refugio y consuelo
En tempestad y en bonanza,
Tú eres vida y esperanza
De cuantos creen en tí.
Á tí gimiendo llamamos
Los desterrados por Eva,
Fervorosa, á tí se eleva
Una plegaria sin fin.

Bendita entre las mujeres,
Astro de gloria inefable,
Tu pureza incomparable
Resplandece sin cesar.
Pues tan llena eres de gracia,
Ruega por nos, ¡oh Señora!

Ruega por el que te implora
En las gradas de tu altar.

Tus claros ojos fulguran
De piedad suaves destellos;
No el enojo brille en ellos,
Madre del dulce Jesus.
Vuelve á nosotros tus ojos,
Y tras tanto afan prolijo,
Muéstranos, Madre, á tu Hijo,
Rey de reyes, Luz de luz.

De inmenso dolor postrada
Derramaste acerbo llanto
Al pié del símbolo santo
De la humana redencion.
Á mi dolor, ménos grande,
No sucumba mi flaqueza,
Da, Señora, fortaleza
Á mi pobre corazon.

Tú de Satán nos apartas
Cuando nos tiende sus redes,
Tú nos colmas de mercedes
Orígen de todo bien.
Salve, celestial María;
Tú, que sólo el bien deseas,
Bendita, alabada seas
Por siempre jamas, amén.

FRANCISCO DEL VILLAR Y BUSTOS.

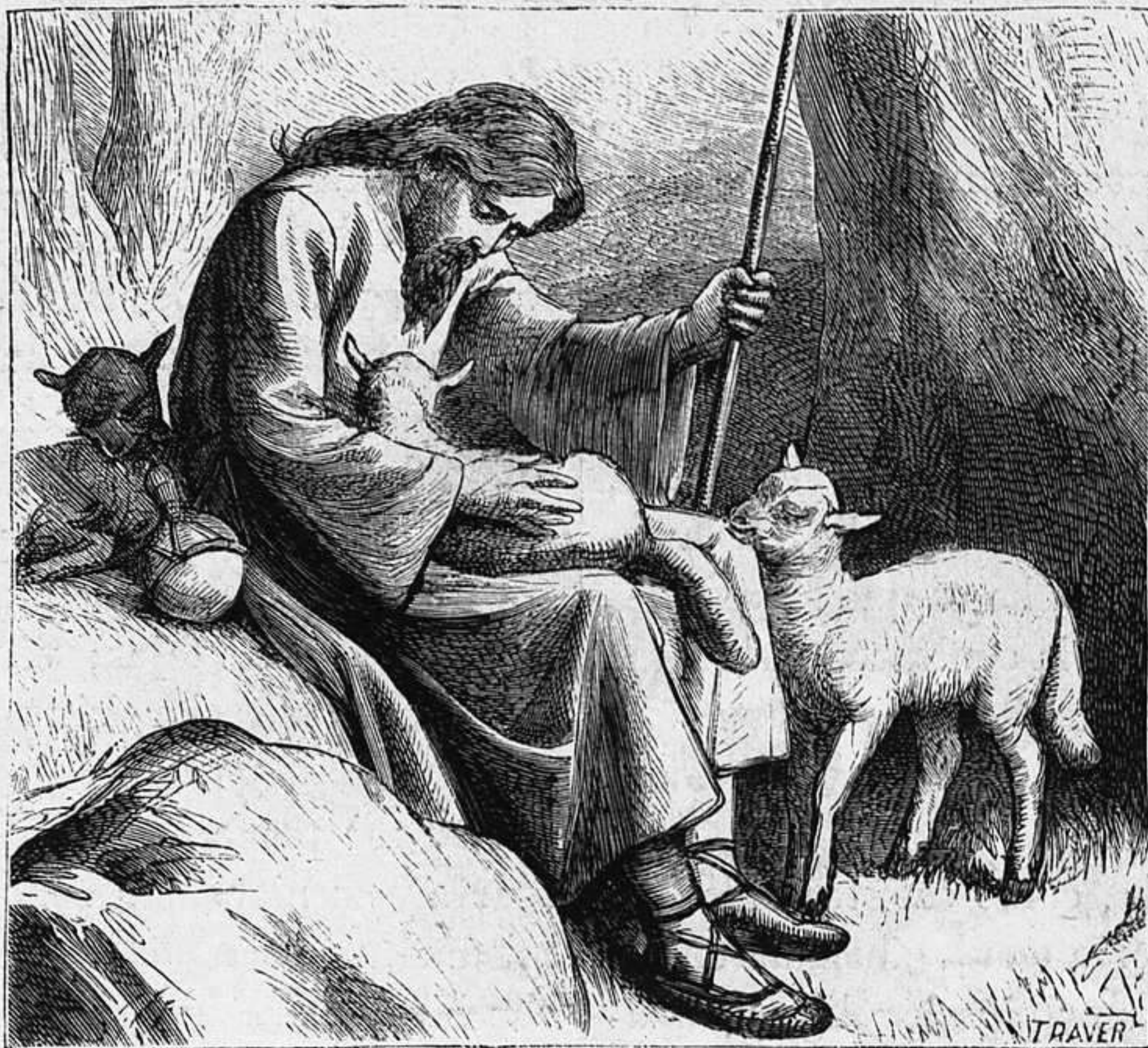


LA NIÑA QUE HA ESTADO EN EL CUARTO OSCURO.

Terribles horas de angustia ha pasado la pobre Lolita encerrada en el cuarto oscuro, temiendo que se abriera la pared y saliera un dragon que se la hubiera sorbido como si fuera un merengue. Felizmente, á instancias de sus hermanitos, ha sido indultada y puesta en libertad; pero si otra vez vuelve á ser mala, si otra vez vuelve á pegar á su hermanito y á desobedecer á su madre, entónces

no se contentará ésta con tenerla dos ó tres horas en el cuarto oscuro, que la tendrá dos ó tres dias.

Para no sufrir nunca castigo, hay un medio infalible que los niños y las niñas deben emplear, seguros del resultado; es un medio muy sencillo: consiste en ser buenos. No hay nada más fácil, más cómodo, más provechoso y más saludable. Hagan la prueba nuestros lectores.



EL BUEN PASTOR.

¿Se debe huir del hombre que ha pecado?
 ¿Consiente Dios dejarle abandonado
 Á su triste destino,
 O aconseja tenderle protectora
 La mano que le vuelva al buen camino?
 Quien al Señor adora
 Y aspira de la gloria al alto templo,
 Siga del buen Pastor el noble ejemplo.
 Parábola sencilla
 El Evangelio muestra á los humanos,
 En que la caridad divina brilla:
 Hable Jesus, y escuchen los cristianos.

«Si entre ciento al Pastor falta una oveja,
 Que del redil se aleja,

Á las noventa y nueve del ganado
 En el monte las deja
 Por buscar la que se ha descarriado.
 Y aumenta su alegría
 Si en premio del afan que le guiára
 Á la oveja que huía
 Volver logra al redil que abandonára.»

Del buen Pastor sigamos
 La senda que al hablar dejó trazada.
 ¡Felices si, imitándole, salvamos
 A la mísera oveja descarriada!

M. OSSORIO Y BERNARD.

EMILIA.

(Continuacion.)

Cambiamos algunas palabras, y despues la abuela colocó al perro entre las varas de un carrito, dentro del cual puso á la niña, rodeada de las flores cogidas por una y otra. Me despedí, bien á pesar mio, de aquella extraña familia, y la seguí con la vista hasta que los árboles del bosque me la ocultaron. Al llegar á la entrada del bosque, la niña volvió la cabeza, y me hizo con la mano el postrer saludo.

Mi abuela, como casi todas las señoras de cierta edad, educadas en los más sanos principios de religion, amaba á los pobres y los visitaba muy frecuentemente. Alejado de ella por la necesidad de emprender mi carrera, cuando me hubiera sido tan halagüeño devolver á su vejez los cuidados que la pobre habia prodigado á mi infancia, debia alegrarme mucho todo lo que me la recordase. Marta tenía la misma edad que mi abuela, las mismas arrugas, y pertenecía ademas á esa clase de indigentes honrados y trabajadores, que mi abuela me habia enseñado á respetar y á socorrer. No teniendo por aquella época cerca de mí á ninguna de las personas que me son queridas, y esto á los veinte años, cuando la vida rebosa en nuestro corazon, cuando nos es tan necesario como la misma vida amar á otra persona, no dudas que aproveché aquella propicia

ocasion que se me presentaba de formar una de esas relaciones de amistad, basadas en algunos favores, tan insignificantes para el que los hace, como útiles y provechosos para quien los recibe, y en los que quien da un poco de su dinero y demuestra un poco de cariñoso interes, gana inmensas ventajas; ventajas que no puede apreciar sino quien las toca.

Por mi parte puedo decirte que Marta y su nieta, sin conocerlo ellas mismas, me han hecho mucho, mucho bien. Para un jóven aislado no hay mejor salvaguardia, si así puede decirse, que el trato frecuente de una ó dos familias pobres que le aman, y á las que puede hablar libremente, entre niños y viejos, de las virtudes de su madre y de su hermana, de los dias de su infancia, de sus ilusiones malogradas, de sus amores desgraciados.....

Marta vivia en una pobre cabaña á la salida del pueblo. Yo iba á verla ordinariamente á la hora que Emilia volvía de la escuela, porque la pobrecita frecuentaba una gratuita, dirigida por piadosísimas hermanas de San Vicente de Paul. Complacíame extraordinariamente en hacerla repetir sus lecciones, admirándome no poco la rara penetracion de aquella inteligencia, así como la aficion que demostraba la pobre niña á los estudios re-

ligiosos. La fe de aquella alma era tan profunda, y las sanas doctrinas del Evangelio se grababan en ella de tal manera, que muchas veces vi asomar rutilantes lágrimas á sus hermosos ojos, cuando repetía los sagrados preceptos. ¡Cuántas veces leíamos juntos la página que recuerda cómo trataba Jesucristo á los niños!

— ¡Oh! si yo hubiese estado allí, decía Emilia, Lucero se habría abierto paso por entre la muchedumbre, y me hubiera llevado para que yo pudiera besar la mano del Salvador. ¿Qué cree V. que hubiera hecho Jesucristo al ver mis muletas?... De fijo me hubiese curado en un momento.

La idea, casi la esperanza de una curación milagrosa no se apartaba un momento de su imaginación. Sin embargo, su enfermedad no la entristecía. Esta misma enfermedad le procuraba ciertas prerogativas, ciertos privilegios que halagaban al mismo tiempo su amor propio y la bondad de su corazón. Un día la encontré á la salida de la escuela, rodeada de sus condiscípulas, que se disputaban su brazo. Cerca de la escuela á que asistía la paralítica, había un colegio, cuyos discípulos externos, poco conocedores de las costumbres de la galantería, no perdonaban ocasión de hostilizar á las educandas de las buenas religiosas, tirándolas enormes bolas de nieve, y corriéndolas por las calles del pueblo, como hubieran podido hacerlo con un gato ó un perro. Hacían, sin embargo, los traviesos estudiantes una

excepción en favor de Emilia, permitiéndola pasar tranquila, y gritándose unos á otros:

— ¡Paso á la jorobada!

Emilia agradecía mucho esta prueba de simpatía, y su abuela no dejaba de hacer mención de la misma circunstancia, ostentando una vanidad, muy disculpable por cierto, al notar que sólo su nieta se veía libre de las malas artes de aquellos estudiantes traviesos, indisciplinados, y, como ella decía, capaces de todo.

Me parece que estoy viendo la modesta habitación de aquella adorable familia; una cama grande en el fondo, otra más pequeña á los pies de aquélla, en un rincón una arca vieja, pero de una construcción más que sólida, y en otro un antiguo reloj de pared, con su correspondiente *cuco*. Mencionaré también una blanquísimas mesa de pino, sobre la cual colocaba convenientemente sus flores la vieja para que se secáran; veíanse asimismo tres sillas bastante deterioradas, y otra mesita sobre la cual se alzaba una Virgen del Carmen, de yeso, que ostentaba en una de sus manos un caprichoso y diminuto ramo de violetas, renovado todos los días por la jorobada.—Y en la pared un lienzo de algún mérito, que representaba la Huida á Egipto. Emilia se pasaba las horas enteras con los ojos fijos en aquel lienzo.

Dispénsame estos detalles; las personas que nos han amado, de quienes hemos recibido saludables ejemplos, cuyo recuerdo, en fin, es como un paréntesis, por decirlo así, de felici-

dad; esas personas, aunque sean una pobre vendedora de flores y una niña paralítica, embellecen siempre en nuestra memoria los sitios y las épocas en que las hemos conocido. Du-

rante dos años no dejé de ir una vez cada semana á visitar á la pobre familia. Llegué á ser el alma de aquella casa, donde creían deberme algun favor, siendo lo cierto que ningun



Tipos del pueblo español.—Gitanos de Córdoba.

favor que yo hubiera podido hacer tenía un precio equivalente á la dicha que me proporcionaba tan pura y desinteresada amistad. La buena Marta se asombraba de que yo

le consagrara los momentos que podía emplear mejor, frecuentando las casas de los hacendados del pueblo, que tenían sus reuniones correspondientes, en las que se cantaba y se

bailaba, y se comentaban las noticias de la corte, y se leían periódicos. No podía creer aquella mujer que su cabaña fuese preferible á las reuniones de la clase rica.—Yo intenté hacer que cambiase de opinion, pintándole bajo el verdadero punto de vista las relaciones del mundo.

—No confunda V. esas relaciones, decia yo á Marta, con las amistades sinceras que se hacen en el mundo en todas las clases de la sociedad, pero que no se pueden hallar en esas reuniones donde apenas se conocen las gentes, y donde no hay otro objeto que pasar el tiempo los convidados, y lucirse y darse importancia los dueños de la casa. Un saludo afectuoso, una sonrisa, una galantería, un sorbete; he aquí todo lo que se puede esperar en esas reuniones, donde nuestro principal deber, para no descomponer el cuadro, es ocultar cuidadosamente nuestras preocupaciones y nuestros pesares. Los corazones frios, indiferentes, no son por cierto los menos pródigos de palabras afectuosas. Encontraré quien me diga que deseaba verme, que todos los dias pregunta por mí, que estaba con mucho cuidado, que tenía vehementes deseos de saber qué era de mí, que sin mí falta la vida en aquel concurso; y si le hablo de mis pesares íntimos, de mi abuela, de mi infancia, de mi nodriza, de mis desengaños y mis esperanzas, pronto se dibujará en sus labios una maliciosa sonrisa casi de compasion, ó se pintará en su rostro la indiferencia con que me escucha. La indiferencia,

sí, porque si á la mañana siguiente se anunciara que yo habia muerto repentinamente, ó que habia perdido mi fortuna, todos se sorprenderian, pero ninguno dejaria de jugar ó bailar ó cantar por la noche.—Y á los dos dias, nada; el olvido.—¿No es verdad, preguntaba yo á Marta, que una noticia de esta naturaleza le haria á V. mucho mal? ¿No es verdad que V. lloraria mi muerte? ¿No es verdad que Emilia iria á pedir por mi alma á Nuestra Señora del Buen Suceso? ¿No es verdad que siempre tendrian VV. en sus oraciones de la mañana y la noche un recuerdo para su pobre amigo?

Marta escuchaba embebecida estas sinceras palabras, y Emilia, clavados en mí sus ojos, parecia querer decirme que habia acertado á interpretar sus sentimientos; y Lucero me lamia la mano, como para asegurarme que tambien él me amaba. Pretenden algunos que las preocupaciones de la vida material secan el corazon de los pobres; yo he visto muchas pruebas de lo contrario, y puedo afirmar sin temor de equivocarme, que las *necesidades* del lujo, la sed insaciable de placeres, han hecho muchos más egoistas que todos los horrores de la indigencia.

He tenido ocasion de advertir que las personas sencillas y poco instruidas oyen con gran atencion y verdadero placer todo lo que puede instruir las ó servir las de ejemplo. Despues de haber estudiado los caracteres de Marta y Emilia, y cuando pude apreciar toda la elevacion de

sus pensamientos y la delicadeza de sus almas, me causaba indecible placer entretenerlas refiriéndoles los recuerdos más gratos de mi infancia. Muy bien puede usarse franqueza sin llegar á la familiaridad. Además, la anciana y la niña, la una con la autoridad de sus años, y la otra con la sencillez de la primavera de la vida, me ofrecían un precioso ejemplo de esa expansión, que no tiene nombre, y que es la más dulce, la más cariñosa, la más sincera, por decirlo así. Las canas de la pobre Marta me recordaban á mi abuela, y también me la recordaba la bondad de su carácter; porque aquella mujer tan pobre, que no podía mudarse el vestido que traía del campo y del río completamente empapado en agua; aquella mujer, repito, encontraba en su misma indigencia recursos bastantes para ser útil y hacer bien á los pobres, que nunca podían ser más pobres que ella.

Una buena parte de las plantas que cogía con tanto trabajo, la entregaba gratuitamente á los pobres enfermos de su vecindad. Frecuentemente preparaba ella misma las tisanas, y no dejaba de acudir á cuidar á los que no tenían ni una hermana de la Caridad que velara á su cabecera. Además, disponía en el orden moral de otros auxilios que los desgraciados aprecian mucho. Modelo de paciencia, de sumisión, de confianza en Dios, era la pobre vieja hasta elocuente cuando recomendaba á sus enfermos la paciencia, la sumisión y la confianza en Dios.

Llego ahora al hecho, cuyo recuerdo me ha inducido á presentarte este ejemplo.

Emilia iba á cumplir once años; ocho días después debía recibir la primera comunión. Yo había ido á casa de mi anciana amiga con objeto de entregarle una pequeña cantidad para que pudiera permitirse algún gasto extraordinario en aquella solemnidad; pero antes de entrar en casa de Marta, me había detenido un momento en la capilla del Buen Suceso, donde se hallaba la paralítica absorta en sus oraciones, delante de una pequeña imagen de la Santa Virgen. Un rayo de sol iluminaba el rostro de la niña, y tanto me impresionó la notable expresión de ardiente fe, de inefable ternura que brillaba en aquellos purísimos ojos, que no pude dejar de contar á Marta que acababa de ver á su nieta. Marta quedó muy pensativa; y como yo le pregunté con insistencia las causas de su silencio, me dijo:

— Había prometido callar; pero no tengo valor, sobre todo cuando siento que es más poderosa para mí la necesidad de confiar á la discreción de V. todos mis más íntimos pensamientos. Emilia comenzó ayer una novena á Nuestra Señora del Buen Suceso para obtener un milagro; la pobrecita está persuadida de que podrá andar sin muletas el día de su primera comunión.

Esta declaración, hecha con voz balbuciente, me dejó mudo á mi vez. La anciana suspiró, llamó á Lucero, cerró la puerta, y tomando la rueca,

prosiguió con acento un poco más seguro:

—La pobre niña goza ya con la idea de la sorpresa que le ha de causar á V. su curacion; porque jamas he podido hacerla comprender que muy bien pudiera suceder que Dios no le concediese la gracia que tan fervorosamente pide. Esta mañana me suplicó muy encarecidamente que no le hablase á V. de su próxima curacion. ¡Pobre hija mia! ayer ponía al fuego una de sus muletas, y al advertirle yo que la iba á quemar, me contestó:—No tema V., abuelita, que pronto no las necesitaré; esta noche he visto en sueños á la Vírgen, y me ha dicho que voy á ser esbelta y hermosa, que dentro de poco podré andar libremente y bailar en la fiesta de la aldea.

—¡Pobre niña! exclamé yo, á tiempo que la anciana enjugaba una lágrima, y limpiaba despues los cristales de sus anteojos.

—Cambiaré el número, añadió colocándoselos otra vez; yo envejezco cada dia, y mis ojos envejecen tambien.

En efecto, su vista se turbaba; sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Hay numerosos ejemplos, repuse yo, de curaciones milagrosas: Emilia ha aprendido de V. á tener confianza en la Divina Providencia.

—No dudo ni del poder ni de la bondad de Dios, contestó la anciana; pero conozco que mi nieta y yo somos indignas criaturas, que nada merecemos; es demasiada presuncion pretender que ha de hacer un mila-

gro en nuestro favor. Cuando pienso en el cielo, donde espero ir un dia con mi pobrecita hija y mi desgraciada nieta, siento en medio de mis penas un dulcísimo consuelo; el de que el porvenir que me espera en la otra vida compensa con mucho exceso los trabajos que pasamos en este mundo. Si he perdido á mi hija y á mi hijo, sé que los volveré á encontrar, y la certidumbre de volver á verlos me da fuerzas para soportar su ausencia. Yo soy vieja, muy vieja; Emilia no tiene salud, y con un poco de paciencia bien pronto estaremos ella y yo en un lugar donde no se sufre ni hambre ni frio. La enfermedad de mi nieta me desesperaba, me afligia mucho hace algun tiempo; despues, cuando he visto que la enfermedad no le permitia separarse de mí, y que la hacia pensar en Dios, y rezar fervorosamente á la Vírgen; cuando me he persuadido, en fin, de que Emilia, si no hubiera tenido ese defecto natural, podia haber sido loca, traviesa, indócil, como otras jóvenes de su edad, y haber preparado tal vez, guiada de un mal instinto, su perdicion, me he preguntado muchas veces si en lugar de quejarme de tener una nieta parálitica, debia dar muchas gracias á Dios. La mejor manera de implorar la clemencia divina es pedir al Todopoderoso que nos conceda lo que él quiera, no lo que nosotros queremos, que seguramente no nos ha de convenir tanto.

FRONTAURA.

(Se concluirá.)



TEATRO INFANTIL.

Ya está impreso el librito que contiene la primera serie de *El Teatro Infantil*, que regalamos á nuestros suscritores. Contiene, como ya hemos dicho, tres comedias, tituladas: *Una leccion de historia*, *El octavo mandamiento*, *La cruz roja*, que pueden ser representadas por niños en los colegios y en sus casas.

En Diciembre próximo publicaremos la segunda serie con otras tres comedias, que ya están escribiendo distinguidos autores.

Creemos que á nuestros amables suscritores les agrada este obsequio, que les facilita un honestísimo y provechoso entretenimiento.

Como no queremos disgustar á



ninguno de nuestros suscritores, regalaremos *El Teatro Infantil* (primera serie) á todos los que renueven la suscripcion, por el tiempo que gusten, ántes de empezar en Julio próximo el tomo VIII de Los Niños.

Cada comedia lleva una viñeta, y el libro una bonita cubierta.

El precio de esta primera serie de *El Teatro Infantil* es una peseta para los que no sean suscritores á Los Niños.

Los suscritores de provincias deben renovar su abono lo más pronto posible para recibir á vuelta de correo *El Teatro Infantil*.